

LETRAS Y ARTES

Un Libro, un Relieve y un Cuadro

Acuse de recibo. Hoy días felices. La humanidad inteligentemente nos corrobora la alegría de vivir inteligentemente. Todo se allana, luminoso, sonriéndole al formidable mentís de un pasado negro.

El libro: "Paisajes y Meditaciones", Elisabeth Mulder. Barcelona 1933.

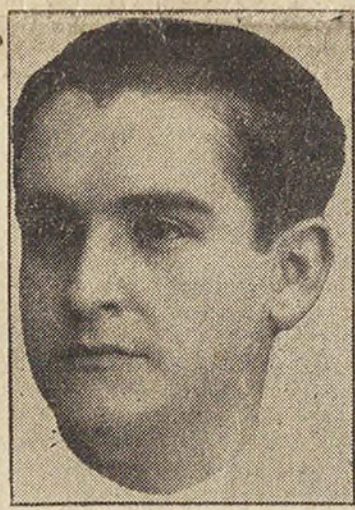
El libro está abierto como una mañana; es joven, hermanito menor mejor logrado que los anteriores. Es terso como carne de almendra. Es mediterráneo. Tiene azul.

Palmas breves, exactas, con la exactitud de la muchacha que acude a la anhelada cita de amar con alguien que no llega nunca el último.

"Canto nuevo" es una inicial bien trazada. "Mojinos de viento", fin "fatalidad"... Todos los versos, aprietan un nuevo resplandor. En el panorama nacional de la lírica femenina, Elisabeth Mulder acentúa una voz auténticamente emocionada de poesía.

Este relieve ya tuvo su crítica oportuna, mía, cuando su autor abrió la exposición de sus obras en Cartagena. Hoy, no voy a repetir mi elogio a su perfección máxima, sino a hablar de su situación en mi casa: la parte de mi casa que está invadida por fotografías de los cuadros del Greco, del ángel de Salzillo, en lo artístico cristiano.

El relieve: "La Virgen y el Niño", barro cocido de Antonio Garrigós. Murcia.



El poeta Raimundo de los Reyes, nuestro compañero de Redacción, a quien Rodríguez Cánovas dedica el estudio que aparece en el folletón de esta plana.

El cuadro: "Acuarela", de Luis Garay. Murcia.

Yo fui una vez por ese camino... Era

Tres poemas

MUERTO—dominical

Yo, que subía solo hacia la cima, huyendo de la soledad de mi huerto, me revolvi ante aquel grito de despedida invisible que infundió de tristeza toda la tranquilidad del domingo.

Tan sin viento el viento, tan sola la palabra, formaba, por cada vez que era pronunciada, un ángulo agudo con el vértice en la "i", cebada en sí, irritada en sí, multiplicada en sí, hasta descender como sobre una lágrima, buscando descanso, sobre la "a".

Por los prados, huérfanos, mondos, de rejas paradas, sin ningún vocalero llegado a su espera, los caminos magníficos de polvo relumbrante, la vocal geométrica avanzaba, coral, reja, queriendo mares, surcos.

Le faltaba voz a la voz, a su garganta. Al dueño se le sublevarían las venas del cuello, rojas y bellas como la hierba de la sangre. El monte devolvía a la voz su voz; y a mí la voz me daba su voz, el monte su fantasma y mi audición su sentimiento.

PAISAJE—de belén

Vecino Carlos, vecino de la Virgen como yo; tu calle y mía ya está llena de "tes" y de ruedas. Bajo la ropa, virgen, tendida de ventana a ventana, entre ella las enaguas de mi novia, los pavos se comunican su canto y su arrogancia vinda a un silbo de melancolía.

ENFERMO—de silencio

Enfermo de silencio, no cantaba mi canario; el mismo que originó con su color y aspecto mi imagen del limón. Al despertarme esta mañana, lo primero que he recibido, para ser dichoso, ha sido la anuencia de su canto.

MIGUEL HERNANDEZ GINER

MÁRGENES LITERARIOS

ENFOQUE ANGULAR

Allá van los ojos tropezando de siglo en siglo por el camino histórico-literario con coronas y más coronas tejedoras y destejedoras de los tapices políticos y sociales de España. Allá van los ojos deslumbrados de geometría en busca del ángulo que dé sombra y haga ver. Ver, que es percibir, recibir por los sentidos, comprender el alma de las épocas.

Hay generaciones que pueden entregarse a ellas mismas. Otras no, otras se deben a su época. La de Quevedo soportaba muchas falsedades para retirarse a los monasterios líricos, mientras la sociedad despedazaba sus basamentos. Su mirada rasga la actualidad y busca la verdad. Mas como la verdad no estaba donde él la buscaba, dado que la vida se deslizaba por caminos falsos, se produce un enfoque angular que origina en la obra de Quevedo el gran relieve de fidelidad a su generación.

Este enfoque angular, que tan claro aparece en el panorama histórico realizado por Quevedo en su época, es el deber de cada generación. No lo vemos repetirse muy frecuentemente. Lo trascendental histórico es la realidad. Realidad de Shakespeare, incubando a veces tipos más reales que la realidad misma. Sylok es más tsurero que todos los judíos juntos; Hamlet es la propia meditación vaga e indecisa; Otelo es un supersticioso. Realidad. Mas Quevedo une la fantasía a la realidad para retratar la sociedad de su tiempo con todas sus costumbres y todos sus vicios. Retratar. No realizar. Shakespeare realiza. Quevedo retrata. Después Voltaire retrató. En Shakespeare siempre hay un problema, un eterno problema en lontananza, dividido en el horizonte crepuscular de la conjetura; Shakespeare, por la ventana de la realidad, se precipita en el ensueño. Quevedo tiene fondo y forma: mientras la forma sirve a la idea, el fondo toma intención; mientras el fondo se llena de observación, la forma adquiere relieve. Y entre el fondo y la forma el enfoque angular. Lo que debiera ser, y no es, y tiene que ser. La verdad. Gran culpa de todos los siglos. Crimen al tiempo en todos los

capítulos literarios de España. El conde-duque de Olivares la empareja esta vez en un calabozo recalando agua. No hacemos más que buscar planos demostrativos hacia atrás universalmente. Mirar hacia atrás es buscar el convencimiento de que no nos sigue—persigue—nadie. Y caminar sin miedo. Podríamos creer que nos seguía—perseguía—la equivocación. No. Todo caso de enfoque angular es un éxito o un fracaso en la historia. Su fracaso o su éxito se determina por la oportunidad. Y es cada generación la que está obligada a saberla encontrar.

Hoy—como ayer, como mañana—hay una generación con el ángulo de enfoque palpante de virginidad. Ya hemos visto que la posibilidad de éxito no se encuentra en ningún texto, ni se enseña en ninguna escuela. Está en la vida. Nada más y nada menos que en la vida. Allí enfrente. Y hay que verlo y echar a andar. Quevedo es un descendiente de la linajada e ilustre estirpe asentada en el valle de Toranzo, en las montañas de Burgos. Pudo ser una corona más en los capítulos históricos de España. Pero supo enfocarlo y fue una verdad encerrada en esos calabozos que tanto se mencionan en nuestra literatura. No importó ello al tiempo. Para el tiempo no hay cárceles. Ya a él mismo lo encierra la verdad o la mentira.

Ortega y Gasset dedicó grandes y hermosos párrafos a la fidelidad que se debe cada generación a sí misma, a su época, en "El tema de nuestros tiempos". Juan Ramón Jiménez tiene un movimiento de evolución ascendente tras su obra "Poesías escogidas" (Nueva York, 1917), que se produce al romper con sus compañeros de generación y buscar la proximidad de los más jóvenes. Giro que marca un fracaso y una esperanza. Esperanza de ayer. Gómez de la Serna lanza su "Primera proclama de Pombó" (1915) y la actitud—tan cerca—es la primera rebeldía hacia una mayor mejor verdad. Está manifestando meridiana para la generación a la que aquí la conciencia del deber de responsabilidad ante el tiempo y la generación está andando y avanzando. El enfoque angular es perceptible a través de las obras que están en los hornos. Pero ya no se puede decir más. Y como mos dicho, y repetido, que la cuestión de posibilidad con éxito del enfoque no se encuentra en ningún texto, ni se enseña en ninguna escuela. Esta es la vida. Nada más y nada menos que en la vida. Allí enfrente. Y hay que verlo y echar a andar.

Rafael de Urbano (Prohibida la reproducción)

En nuestra página anterior, por error involuntario se omitió la firma del brillante escritor José Rodríguez Cánovas al pie del admirable artículo que servía de folletón y que correspondía a la interesantísima serie de "Poetas españoles" que el señor Rodríguez Cánovas viene publicando en esta página. Quede aquí subsanada la omisión que lamentamos.

Agua inquieta y rumorosa, que la noche te tornó melancólica y llorosa.

Agua solitaria y fría, muerta en la cumbre de mayo... "Alma mía!"

Ejercicio principal en toda disciplina artística, ha de ser éste de capacitarse para poder descubrir en los seres y en las cosas un aspecto o una cualidad que no sean precisamente aquellas que, de tan externas y fáciles, más próximas se encuentran al sentido. Labor de artista, culminante y verdadera, es ir más allá de esa gracia exterior y envolvente, que todos ven, para llegar hasta la otra gracia íntima, escondida y honda, que no se ofrece a todas las miradas porque es un maravilloso tesoro oculto. Decir luego la feliz novedad del hallazgo; pero decirlo en forma pura y bella, de modo que la obra—el cuadro, la prosa o el poema—produzca la emoción misma que es alma, exponente y signo del modelo o motivo inspirador. En este sentido, y al ser maestro en aquella superior disciplina, es labor eminentísima de poeta la que realiza Raimundo de los Reyes; y así es cuando, por ejemplo, habla de los dones de eternidad con que la vida se viste en la estrella, en el insecto, en el árbol o en la rosa; cuando se refiere, sencillamente, a la piedrecilla humilde del sendero, "redonda de vientos fuertes"; a la "pajarita de las nieves" que luce "su traje azul y blanco y sus zapatos negros"; o al barco de papel, botado en un remanso, que se marchaba río adelante con la más bella ilusión por timonera... Estos temas abundan en sus versos; y los interpreta y los hace perfectos de tal modo, que con frecuencia sólo bastan unas breves estrofas para contener, precisa y exacta, la virtud estética.

"La copa del pino tiene, cuando se mira en el río, un gozo de amanecer y una sonrisa de niño.

Yo quiero la copa verde del agua blanca del río; la que está llena de estrellas, de sol, de luna y de trinos."

...Y el optimismo aquél, sutilísimo, se desprende de la tierra mollar y fecunda de los campos; invade todos los ámbitos de la vega; se hace gasa de nubes blancas para tenderse sobre Murcia en dosel transparente con bordados y filigranas de sol, Murcia, señorial y huertana, se llena de su encanto y su prestigio. Y este prestigio vence la curva azul del río, salta desde el trampolín de la Torre, y en lírico impulso despliega—mensaje de recreo y de paz para el espíritu—la emoción delicada con que su poeta, Raimundo de los Reyes, va creando sus versos.

J. RODRIGUEZ CANOVAS

Poetas españoles

RAIMUNDO DE LOS REYES

Antes de llegar a Murcia, ya salen al encuentro del viajero los amables alientos de su huerta en mensaje de recreo y de gloria para los sentidos. Si el viajero llega desde Castilla, estos mensajes acuden a quebrantar gozosos la sequedad y la adustez que dejaron en el recuerdo los panoramas vistos en el cruce de los llanos manchegos; si llega desde el sur, las nuevas brisas vienen a sustituirle con oleadas de perfume la fragancia húmeda de los vientos marinos.

La finura y la transparencia del aire, como en toda la región levantina, envuelve a las cosas dotándolas de un elevado prestigio luminoso. Los colores son claros y alegres, ungidos y exaltados por la gracia del sol, y un optimismo sutilísimo se desprende de la tierra mollar y fecunda de los campos, se desliza a través de las carreteras y los caminos, anida en los muros encañados, junto a las campanas de las ermitas, en los porches y en los zaguanes, entre los cañaverales del río, en las alquerías y en los huertos; un optimismo que hace rítmica la canción del agua en el curso humilde de las acequias y en las ruedas de las norias; que salta por las laderas de las montañas consolándolas de su desnudez, que es dorado fruto en las ramas de los naranjos y los limoneros, y finalmente se hace himno místico y sensual, antiguo y moderno, lánguido y vibrante, en todas las voces, las miradas y las risas...

Este encanto de Murcia señorial y huertana, ha tenido una representación y un lugar preeminente en la poesía. Su vida, sus costumbres, su expresión popular, vívieron expuestas y descritas en versos admirables de poetas murcianos que sintieron la palpación sencilla y austera, apasionada y ardiente de la huerta, en cuyo cordaje íntimo todavía quedan adornados viejos ecos morunos. Pero esta poesía, eminentemente localista, no había llegado de cumplida forma a salvar las riberas del Segura más allá de sus linderos particulares y propios; no había llegado a decir lo que de más amplio y emotivo contiene la zona levantina donde Murcia es reina y es sultana. La pasión manifestada en tales versos, se repetía una vez y otra entre los mismos límites. Y si perfecto y necesario era todo ello para elevar las cualidades genuinas, específicas, y cuanto humana belleza en ellas vive, se hacía ya imprescindible romper la curva cerrada del círculo costumbrista saltando sobre su cerco en seguro y decisivo vuelo, para incorporar a la poesía murciana, con puesto digno y legítimo, al campo renovador de la actual poesía española; para unirle, sin que perdiera su ritmo y tono particulares, al avance renacentista marcado por el resurgimiento triunfal de nuestra lírica.

Un poeta murciano sabido encontrar los caminos nuevos y avanzar por ellos con firme y rápido paso; atendiendo a las jóvenes formas, a los giros novísimos, a los aires extraños, pero sin olvidarse de estas brisas de su tierra

huertana, ni de sus características, ni de su significado íntimo; antes bien, armonizando unas y otras con el mejor acierto en la música, en la expresión y en el sentido de sus versos. Este poeta es Raimundo de los Reyes. Y aquel privilegio, aquel acierto se encuentra demostrado en su obra, que ya abarca dos libros—"Campo" y "Abecedario"—y que se extiende y amplía en numerosas revistas literarias luciendo en todo instante, en cada estrofa, reflejos de la encendida estampa levantina.

"Pardos olivares, áureas sementeras, gallardas palmeras, líricos plátanos.

Campos levantinos de arroz y tartana; barraca huertana, clásicos molinos.

Recios carrascales, chaparras, romeros; diáfanos otros con vientos caudales.

Umbrosas higueras, profundos verdores, fecundas labores de hoces y manceras..."

Reflejos de la encendida estampa levantina, que no sólo describen escenarios espléndidos, sino que también acuden a decirnos bellísimos conceptos de las cosas humildes, de las más pequeñas e insignificantes, porque también éstas se hallan dotadas de un valor en el dilatado fluir de la vida en la Naturaleza. A ellas se tiende con frecuencia la atención del poeta, y al penetrarlas, al entender sus voces, descubre con certera visión la imagen poética que ha de expresar su esencia y su pureza justamente; que identificándolo con ellas ha de humanizarlas en el arte, o lo que es lo mismo: dotarlas de un sentido divino y perdurable.

"Agua en la mañana, de oro, que el sol de mayo te hizo claro manantial sonoro.

Agua azul al mediodía, que el sol de mayo te hizo espejo en que se veía.

Agua de la tarde, triste de ausencia del sol que ya de su fuego no te viera.